





VISTAS DE LOS CEMENTERIOS DE BARCELONA



LA ETERNA LEY

Eran felices, muy felices; su luna de miel había transcurrido sin menguante, sin que la empañara la más ligera nube; clara, brillante, iluminó la suprema dicha de los jóvenes desposados.

¿Qué más podían desear? Ambos habían llegado al colmo de sus ambiciones, modestas, pero no menos apetecidas; los dos consiguieron realizar sus ensueños acariciados tanto tiempo, desde que la Providencia se encargó de juntarles en alma como ahora lo estaban también en cuerpo, de fundir sus aspiraciones en una sola, de anudar sus corazones con el lazo del más firme, duradero e inquebrantable amor.

Ahora que eran ya el uno para el otro, que ni la maldad de los hombres ni las contingencias de la vida podían separarles, recordaban con fruición las dulzuras y las tristezas de aquellos tiempos, en sus menores detalles, pueriles muchas veces, pero que se agrandaban y robustecían a través del mágico prisma que la pasión colocara en sus ojos y en sus corazones.

En esos dulcísimos coloquios, Dolores recordaba aquellas horas interminables pasadas en el taller de costura, aguardando con impaciencia el momento de la salida para ver otra vez a su Juan, que invariablemente, al terminar también su trabajo, la aguardaba en la escalera amoroso y dícharachero, antojándosele a ella que era aquel hombre el premio que recibía por su honrada cuanto incesante labor, recompensa que a su parecer sobrepujaba a sus esfuerzos, que la resarcía con creces de todos sus afanes y amarguras.

¡Amarguras! Sí, las tuvo su amor, pero sufrió las Dolores con resignación; con firmeza de ánimo, hasta gozándose en ellas, sublimándolas en el amor que por Juan sentía, como el mártir paladeaba con mística fruición las heces de su cáliz de dolor, porque sabía que, sujeto en el potro del tormento, su Dios le veía, su Dios le besaba.

Pero su alma nutrida sólo de amor, rechazaba todo sentimiento innoble, y más que á ninguno al odio, que jamás pudo concebir.

Ahora se los perdonaba á sus compañeras de trabajo, como se los había perdonado siempre, aquellos dicharachos y cuchufletas con que la zaherían constantemente, con que hacían mofa de su amor por un *funerario*, como ellas motejaban á Juan.

Este también parecía deleitarse con el recuerdo de algún tiempo que fué prólogo de su presente felicidad.

No las había olvidado ni las olvidaría nunca las horas pasadas en el taller de ataúdes, donde alegraba su triste trabajo hilvanando ilusiones, forjando esperanzas y saboreando ternuras.

¡Cuánto cariño ponía en su labor sabiendo que trabajaba para ella, para su Dolores! Aquellos ataúdes que salían de sus manos para recibir los despojos de la muerte, iban á pudrirse con ellos en las lobre-gueces de una sepultura, despidiendo por entre sus rendijas, que crujían y se resquebrajaban, vahos pestilenciales y vapores de muerte, extrañamente confundidos con el misterioso eco de las dulcísimas canciones que recojieron aquellas tablas al juntarse con efluvios de amor y de vida sobre ellas vertidos por un alma pletórica de bienandanzas.

Á Juan, bueno, honrado y laborioso, no le costó mucho trabajo crearse una posición independiente. Con algunos ahorros alcanzados á fuerza de privaciones y con la protección que su principal le dispensara, había conseguido establecer, por su cuenta, una funeraria en uno de los barrios más populares de la capital.

Aquella tienda fué teatro de las dulzuras de sus primeros meses de matrimonio, y allí tuvo ocasión Dolores de apreciar en todo su valor las excelencias del corazón de su marido.

El establecimiento era bastante reducido, constituyéndole un escaparate empotrado en la pared, en el cual se veían algunos ataúdes, modestos en su mayoría.

Acababa de dar carácter á la tienda una pequeña



hornacina abierta en el muro, en la cual aparecía un crucifijo débilmente iluminado por una lamparilla de aceite y semi oculto entre dos cortinillas de oro.

La trastienda era algo más desahogada, y había-la escogido Juan para taller.

Allí estaba Dolores aquella noche repasando la ropa de su marido, mientras aguardaba el regreso de éste, que poco antes había sido llamado para vestir un difunto.

El hombre no se hizo esperar mucho tiempo. Indiferente, por la fuerza de la costumbre, al acto que acababa de realizar, besó tiernamente á su mujer y se dispuso á dar la última mano á un ataúd que tenía sobre el banco á punto de terminar.

Ella, más impresionable, provocó la conversación sobre aquel particular.

—Oye, Juan, ¿sabes en qué estoy pensando?

—En que me quieres mucho, ¿no es cierto?

—Eso, por de contado, tontín.

—Pues veamos—repuso Juan sonriendo y abandonando el trabajo por atender mejor á su esposa.

—Que debe ser cosa muy triste perder á una persona á quien se quiere mucho, mucho. Yo como no he visto morir á mis padres...

—Sí lo es, sí; en la casa donde estuve hace poco...

—Dime, ¿es joven el difunto?

Sí, es una mujer; ha muerto al dar la vida á su primer hijo, y lo peor del caso es que el recién nacido no se ha salvado tampoco. ¡Qué le vamos á hacer!

Dolores nada replicó; parecía participar de la pena de la familia que acababa de experimentar aquella desgracia.

Juan principió su trabajo; suspendiólo nuevamente, para decirle á su esposa:

—Mira; este ataúd debe servir para los dos. Después de todo, quizás esto sea un consuelo...

Largo tiempo transcurrió sin que entre los esposos se cruzara una sola palabra; ella dejaba amenuado su costura para dirigir á Juan una mirada en la que se revelaba el deseo de descubrir á su marido algo que no se decidía á manifestar.

Juan, atento á su ocupación, desarrollaba todo su ingenio para fijar sobre la tapa del ataúd una cinta morada, que combinaba en forma de Cruz, obligándola, por medio de clavos, á sujetarse á las líneas del caprichoso dibujo que concibiera.

Terminada la obra, Juan invitó á su mujer á que le ayudara á colocar el fúnebre mueble en el suelo.

Durante esta operación se encontraron sus amorosas miradas que, tal como sucedió esta vez, solían provocar una explosión de besos.

—Juan, Juan...—dijo ella con voz entrecortada.

Daría tal expresión á sus palabras, que él pareció alarmarse.

—¿Qué tienes? ¿Por qué me llamas de ese modo?—la dijo.

—Qué pena, qué pena me da lo que me dijiste...

—Pero mujer...

—Cuando pienso en la pobre madre...—y señaló el ataúd que tenía á sus pies.

—¡Bah! ¿quién se ocupa ahora en eso?

—Es que tengo una idea, una idea muy triste. Si yo estuviera en el caso...—y no pudo seguir, porque la voz se le anudó en la garganta.

Juan soltó una franca carcajada, y oprimiendo dulcemente una mano á Dolores, le dijo riendo todavía:

—¡Vaya con los temores de mi mujercita... Aquello del cantar de las olivas:

«antes de que sean plantadas
ya las tenemos riñidas.»

Y siguió riendo hasta que sintió que los brazos de Dolores, curvándose al rededor de su cuello, le oprimían nerviosamente, obligándole á sentarse junto á su esposa, sobre la fúnebre caja, que crugió sordamente al peso de la pareja.

En esta posición, Dolores, cuyo semblante parecía rodeado de un nimbo de luz resplandeciente, deslizó al oído de Juan algunas palabras...

Ella estaba roja cual la grana; él lívido y tras mudado, pero reflejando en sus ojos el inmenso gozo de que súbitamente se había colmado su alma.

Ambos, entonces, confundidos en apretado abrazo, sin que acertaran á expresar por medio de palabras el tropel de ideas y sentimientos que les asaltó, con voz salida de lo más hondo de sus corazones, entonaron el himno de vida, el mismo que los progenitores de la humanidad elevarían al Cielo al sentir Eva por primera vez anudadas sus entrañas...

Lejos, muy lejos de suponer el tiernísimo idilio que allá dentro se desarrollaba, estaría el transeunte que, frunciendo el ceño instintivamente, leía sin detener el paso en aquel rótulo iluminado apenas por el farol de la esquina:

FUNERARIA

Se velan enfermos y se visten difuntos

Manuel Folch Torres





F. GOYA.—ADORACION DE LA RELIQUIA DE LA SANTA FORMA. PROPIEDAD DE D. LUIS BRUNY MIRÓ

La ceremonia religiosa que sirve de asunto al cuadro que reproducimos, tuvo lugar en el altar llamado de la Santa Forma en la sacristía del Monasterio del Escorial. El Rey D. Fernando VII, de rodillas, está en actitud de adorar la reliquia que le presenta el prior de los padres Agustinos; á la izquierda del Rey, está su tío el infante D. Antonio, y á su derecha, su hermano Carlos V.; detrás, y también de rodillas, está su Corte, ministros, y el Duque de Osuna, que fué quien encargó á Goya este cuadro que figuró en su colección. Todos los personajes son verdaderos retratos, y el del Rey es considerado como una obra maestra, por ser el único por el que Goya se libró de la pena de muerte. Este cuadro mide 3'60 metros de largo por 2'45 ó 2'50 de ancho. Algunos de los cuadros que figuran en el fondo fueron trasladados de la citada capilla del Escorial al Museo del Prado.

R. Casellas

El nombre del eminente crítico de arte es sobrado conocido para que necesite acompañarse de una larga y minuciosa biografía. Desde mucho tiempo la firma de Casellas está firmemente acreditada entre el público culto que se preocupa de arte en todas sus formas. Hablar de Casellas, como escritor, es repetir lo que todo el mundo sabe, ¿Quién no ha admirado sus hermosos artículos de costumbres y sus cuentos de un gusto exquisito en la prensa diaria ó periódica? Desgraciadamente, esta nueva labor de Sísifo llamada periodismo, absorbe casi todas las horas de su vida, activa y atareada como pocas, privándonos de poseer más frutos de su poderoso ingenio.

Las primeras armas de Casellas datan de la publicación de la revista *L'Avenç*, donde empezaron á demostrarse sus relevantes cualidades con un *retrato* del chispeante escritor Pons y Massaveu. Con todo y lo afortunado de sus primeros ensayos, puede decirse que la época verdaderamente fecunda y productiva en grandes resultados, comienza para Casellas con su entrada en *La Vanguardia*. Allí es donde aparecieron, sin que después se hayan desmentido jamás, sus dotes de periodista militante. No hay que decir si sus críticas de arte siempre originales y nutridas de ideas nuevas, han desagradado á una parte del público, poco acostumbrado á semejantes atrevimientos. Casellas ha sufrido grandes y prolongados ataques; pero, como era de esperar, su variada y extensa cultura, su talento de polemista y su inimitable estilo, le han hecho salir victorioso siempre del conflicto. Sin injusticia, podía decirse que su reputación se ha acrecentado á consecuencia de tales campañas.

Dos son las razones que colocan al crítico en primera línea. En primer lugar, todas sus reseñas son eminentemente instructivas, y en este concepto, han contribuido no poco á la cultura artística en nuestro país. Además, Casellas, poseyendo un gusto refinado y una intuición como pocos, ha podido formar, en gran parte, el criterio de nuestro público, maleado hasta aquí por prejuicios y convencionalismos que desgraciadamente no han desaparecido todavía. A Casellas se debe el primer estudio concienzudo en nuestra patria de la pintura prerafaelista inglesa y de las originalidades del simbolismo y del impresionismo en Francia. Antes que ningún otro ha puesto de relieve el vigoroso talento de Rusiñol, con todas sus tendencias á la *réverie* y la melancolía septentrional; antes que nadie ha contemplado y hecho justicia á la portentosa habilidad y la consumada ejecución artística de Ramón Casas.

Añadamos que á todos los refinamientos de un ingenio helénico, reúne Casellas el secreto de un estilo vibrante y sugestivo, cual pocos pueden comparársele. Es imposible dejar de concluir cualquiera de sus trabajos una vez



Don Raimundo Casellas

ha comenzado á leerse. Y es tal su arte de apoderarse de la atención del lector, que éste le sigue irresistiblemente, ya á las más conmovedoras escenas de la lucha por la vida entre los humildes, ya á las más bellas regiones de un ideal artístico. Ora nos lleve á las profundidades pavorosas y á las ásperas y montañosas soledades *dels Sots feréstechs*, ó á las turbulentas y febriles escenas del ágio y la política, como en el *Meeting do frac*, siempre es el mismo, siempre es dueño de quien lo lee, haciendo vibrar en él las cuerdas de una simpatía dolorosa ó de la repulsión y de la tristeza.

Si por vida pública debe entenderse la aparición en el palenque de la política, Casellas puede decirse que apenas la tiene; pero si se entiende por aquella la lucha por el progreso del país, en cualquiera de sus manifestaciones, diremos que sí la posee, y bien natable, por cierto. No puede olvidarse su conferencia en el Ateneo Barcelonés acerca «La Pintura Catalana en el siglo XV», durante el año 1892, donde demostró la grandiosa y libre existencia de un Arte Catalán, atrofiado después al compás de nuestra decadencia. En aquella ocasión las polémicas fueron vivas y apasionadas entre los enemigos de toda aparición de glorias nacionales de antigua fecha, y que desean castigar como un crimen todo deseo de resucitarlas.

A menos turbulencias dió lugar la aparición (única por cierto) de Casellas en el escenario, representando en la *Intrusa* de Maeterlinck. Por una coincidencia singular, el nebuloso y oscuro drama flamenco se puso en escena en el *Cau Ferrat*, es decir, junto á una de nuestras playas mediterráneas más *orientales*, por decirlo así, donde el sol reverbera sobre las azules rizadas olas, sobre las blancas y relucientes casas de campo, sobre las doradas viñas, con una esplendidez que llega, en ocasiones, á deslumbrar y hacer cerrar los ojos.

Nada ha descuidado Casellas en pró de la cultura artística de Barcelona. Ultimamente hizo oír en el Centro

Excursionista la historia de sus trabajos ímprobos para una «Exposición de Arte Catalán durante el siglo XIX», que no llegó á ejecutarse, á pesar de los buenos oficios del Ayuntamiento, por los desgraciados tumultos y situaciones de fuerza que han afligido nuestra ciudad en los años que acaban de transcurrir.

Además de un sinnúmero de trabajos acerca exposiciones artísticas de pintura, escultura, mobiliario, etc..., tiene Casellas varios cuentos y relatos diseminados por la prensa barcelonesa, y que es lástima no se hayan coleccionado. En los Juegos Florales de 1896 ha ganado el premio del Consistorio con un hermoso y pintoresco trabajo de una profunda psicología titulado «¡Deunos aygua Majestat!» No puede pasarse por alto sin gran injusticia la nevela que, con el título de *Els sots feréstechs*, ha sido publicada en parte por la *Veu de Catalunya*. La aparición del referido tomo ha de regocijar á los verdaderos amantes de la literatura catalana, que ven en

Casellas uno de los primeros prosistas por su energía, su concisión y su profundo conocimiento del lenguaje.

La personalidad social del crítico es, si cabe, más agradable y cautivadora que la artística. Su trato amable y al propio tiempo sencillo, jovial casi siempre y placentero, pero con un fondo de *bonhomie* nativa, encanta ya á la primera entrevista. A buen seguro que nadie reconocería en su cara musculosa y de bonachona expresión, como en sus bruscos movimientos de alegría ruidosa y comunicativa, al militante crítico de arte, que tantas y tan empeñadas batallas ha sostenido, ni al original escritor que con tanta maestría domina la nota dramática y hasta lúgubre. No parece sino que la melancolía que dormita siempre en el fondo del alma catalana, la conserva y guarda Casellas para embelesar con ella á sus lectores al prodigarla en sus sentidas y poderosas obras de arte literario.

W. COROLEU



ELS SOTS FERESTECHS

Como muestra de la obra que con el precedente título acaba de publicar el eminente escritor catalán Raimundo Casellas, publicamos á continuación uno de los sugestivos cuadros que la componen, expresamente vertido al idioma castellano para la Revista HISPANIA.

LA IGLESIA ABANDONADA

Ya hacía una porción de meses que estaban sin párroco los vecinos de Montmany.

Al último que hubo no le quedó más remedio que abandonar la parroquia el día en que, viéndose enfermo, envejecido y sin recursos, hallóse además desamparado por la gente roñosa que tenía en casa, un matrimonio de bastante edad que le servía á un tiempo en los quehaceres de la sacristía y en los trabajos de la labranza. Eran un par de gruñones que en todo ponían peros. Desde que Dios amanecía, la mujer se pasaba las santas horas clamando que prefería morirse de una vez que vivir en aquel casucho rectoral casi arruinado, con unos techos carcomidos, que se le caían encima por momentos. Juraba á cada dos por tres que ya estaba cansada y harta de limpiar, todo el día de Dios, aquella iglesia roída y lóbrega, tan llena de hendiduras, que la humedad se filtraba por todos lados; y tan herrumbrosa que los vestidos de las imágenes se deshacían, consumidos, y los santos se pudrían de mohosos dentro de los nichos de los altares. El marido también refunfuñaba, quejándose de ser harto viejo para desvivirse, como se desvivía,

trabajando... «Riega unas veces el huerto y labra la tierra de pan llevar; ayuda luego la misa y toca las campanas; corre después por la noche, acompañando al Viático por hondonadas y sierras; anda por fin en busca de los difuntos y ayuda á cabar la hoya para enterrarles.

—¡Vaya, que harto suda y resuda uno el plato de patatas que engulle!—decíanse á cada punto marido y mujer, rezungando todo el día por los rincones, y muchas veces en alta voz para que el bueno del cura se enterase.

Mas, lo peor de todo fué que un día se presentaron resueltos al pobre párroco, comunicándole que se iban... «Pues, eso... que les habían hablado de ser heremitas en Puigraciós, porque los que estaban entonces pensaban ir á la villa... y era muy del caso aprovechar la ocasión, porque... hasta Dios podía castigarles, si la dejaban perder... Allí, arriba, los domingos y fiestas de guardar, se gana algún dinerico con las gentes que van á la hostería á echar un trago... y una cosa así, no sale cada día, cuando uno quiere...»

Al pobre cura parecióle que con



aquella triste nueva se le derrumbaba encima todo el rocambre de las vecinas montañas. Hasta aquel instante había sacado fuerzas de su propia flaqueza para arrastrar la pesada carga del ministerio por los valles sombríos, henchidos de amargura; pero después del abandono en que le dejaban los criados, se sintió amilanado, abatido, sin espíritu, como si le aplastasen de una vez todas las penas pasadas. Setenta años, eran demasiados años, para subir y bajar montañas, para chapotear entre la nieve y el lodo, para celebrar en el mismo día misa de alba en Puiggraciós y misa mayor en la parroquia, para ir á viaticar ó á ayudar á bien morir á los vecinos desparramados por las salvajes hondonadas.

Más muerto que vivo le llevaron al Figueró, donde tenía parientes, y desde aquella hora en adelante la casa rectoral quedó desierta, abandonada, como un montón de ruinas rodeadas de soledad.

* * *

La iglesia parroquial también tuvo que cerrarse; mas, antes de ponerle los cerrojos, se reunieron junto á la puerta los vecinos más cercanos, para decidir quién tendría que guardar las llaves. La verdad sea dicha: no había nadie que sintiese gran codicia de guardarlas. Las cosas del templo y del altar les daban cierto temor á los silvestres feligreses... y aquella facultad de entrar y salir de la iglesia y de cuidar de todo lo de dentro, les causaba una suerte de terror. Desde los más viejos á los más jóvenes, todos sentían un miedo sagrado de las vestiduras sacerdotales, de los ornamentos de la misa, de la patena y el cáliz. Sabían que todo aquello venía á ser la vajilla y el ropaje del mismo Dios Poderoso, que cura ó mata á los hombres, que manda relampaguear ó manda salir el sol; y tan sólo de acercarse á aquellas cosas del servicio divino, había hombre que sentía escalofríos y temblores. Por eso, aunque hubiesen padecido la más negra de las miserias y aunque se hubiesen muerto de hambre, muchos no se habrían atrevido á poner la mano sobre los sagrados vasos, por temor de que un rayo del cielo no les viniera á aterrizar en medio del sacrilegio...

Además había otra cosa... y es que para nadie era un secreto el poco valor que tenían aquellas pobres joyas de iglesia montañesa. Así como así, todo el mundo sabía que el plato de las vinajeras era de plomo, que el cáliz era de cobre y que las casullas eran todo un zurcido de cabo á rabo. Por eso, cuando llegó la hora de cerrarse, tal vez por siempre, las herradas puertas de la iglesia, alguien preguntó: «¿Quién es el que se lleva las llaves? Y todo el mundo se encogió de hombros... y al fin y la postre se quedaron con ellas los de la masía del Uyá, por ser la casa más cercana de la parroquia.

* * *

Desde aquel punto pareció que aquellos valles, empapados de sombra y de tristeza, acabasen de hundirse en las tinieblas del limbo. Con el último toque de campana se desvanecieron de golpe las ceremonias de la misa y la reunión dominguera de los vecinos y los sermones al pie del altar, y los canturreos de los feligreses en el coro, y las almonedillas de panes y tortas de las ofrendas... como si en un cerrar y abrir ojos se hubiera evaporado la poca alma que les quedaba á los taciturnos habitantes de aquellas hondonadas.



JOSÉ LLIMONA.—ESTUDIO

El montañés que, el día de fiesta, quería misa, tenía que ir á oír la que rezaba á la hora del alba, en Puiggraciós, el capellán de la Ametlla. Si nacía un niño, lo llevaban á bautizar á Sant Bartomeu y ó la parroquia de Bertí. Si algún vecino moría, cualquier cura de los alrededores iba á la casa á buscar el cuerpo, y, cargándolo sobre un mulo, lo trasladaban á Montmany, para darle sepultura.

¡Qué aspecto tan triste ofrecía todo! Hasta los vecinos más rudos echaban de menos algo... algo... que no sabían explicar... y muchos aseguraban que todo aquello era un castigo, un conjuro, una maldición.

Pero lo que sobre todo daba más pena, más dolor, era no oír tocar las campanas á ningún punto del día. Viejos y mozos, todos sentían una suerte de extraña congoja, como si llorasen perdida aquella voz que les medía, durante la jornada, las tristes horas de la vida.

A las ocho de la mañana, cuando llamaba á la misa con aquellos toques perezosos, *nanc..... nanc..... nanc.....* seguidos de ruidoso repique, las gentes desparramadas por los bosques ó por los bancales sacaban, para desayunarse, el pan negro del cestón. Al filo del mediodía, así que las doce badajadas caían del campanil, todo el mundo recojía los aperos, disponiéndose á partir á la masía, si el lugar del trabajo no estaba lejos, ó á sentarse

en una mancha de sombra para tragarse los bocados. Y sobre todo, al anochecer, cuando se oían los solemnes toques de la oración, hasta los bueyes y las ovejas parecía que conocían la señal y mostraban sentir la comezón de volver á la masía y meterse en el redil.

Nadie, enteramente nadie, se podía persuadir de que hubiera muerto la voz de las campanas. En días de lluvia, en días de niebla, en días de cerrazón, sobre todo en invierno, cuando el sol parece que se esconda para no señalar las horas, cuando la tierra toda se reviste de negrura... pastores y leñadores perdían, dentro del bosque, la noción del tiempo... é iban á tientas, envueltos en el gran misterio de la obscuridad.

Así pasaron semanas, pasaron meses, y como la miseria humana á todo se habitúa, vino un día en que pastores y labradores también se acostumbraron á la quietud de las campanas, á aquella suerte de silencio, que parecía el de la muerte. Vefan que la iglesia se iba hundiéndose poco á poco... y de ello no hacían caso. Vefan que el enjambre de malvas y ortigas, como un herbaje loco, crecía, henchido de savia y henchido de orgullo, hasta cubrir de obscura verdor el estrecho espacio que mediaba entre la iglesia y la rectoría... y nadie se fijaba en ello. Vefan como la hiedra lo invadía todo, amarrándose como garrapata á las paredes del templo, á las tapias de la huerta rectoral, hasta á los rechonchos troncos de los cipreses del cementerio... y nadie paraba mientes en tal cosa. Ya se habían azeado del todo á contemplar cómo en los instantes del crepúsculo, negros pajarracos entraban y salían, chillando, por los ventanales de la iglesia, como si aquel fuese su dominio y su palacio... Todo aquel espectáculo de desolación á que vivían condenados, no les daba frío ni calor.

Solamente alguna vez, cuando atisbaban por detrás del ábside de la iglesia las manadas de aguiluchos que, como si bailasen una danza de brujas, rondaban describiendo círculos por el espacio, sentían algún escalofrío. Pero entonces se persignaban apresuradamente, murmurando una extraña oración que se sabían de memoria para conjurar el sortilegio. Por lo demás, todo les era indiferente. El alma dormilona de los pobladores del bosque había llegado á resignarse á la ruina del templo y al silencio del campanario, como se resignaba á la calamidad y á la miseria.

Por eso, cuando un día empezó á correr la voz, de casa en casa, de que iba á llegar un nuevo cura, todo el mundo quedó extrañado.

—¡Cura nuevo!—decían las gentes.—¿Qué pecado debe de haber hecho que lo traigan aquí para castigo?



JOSÉ LLIMONA.—ESTUDIO



CEMENTERIO DE SAN ISIDRO EN MADRID

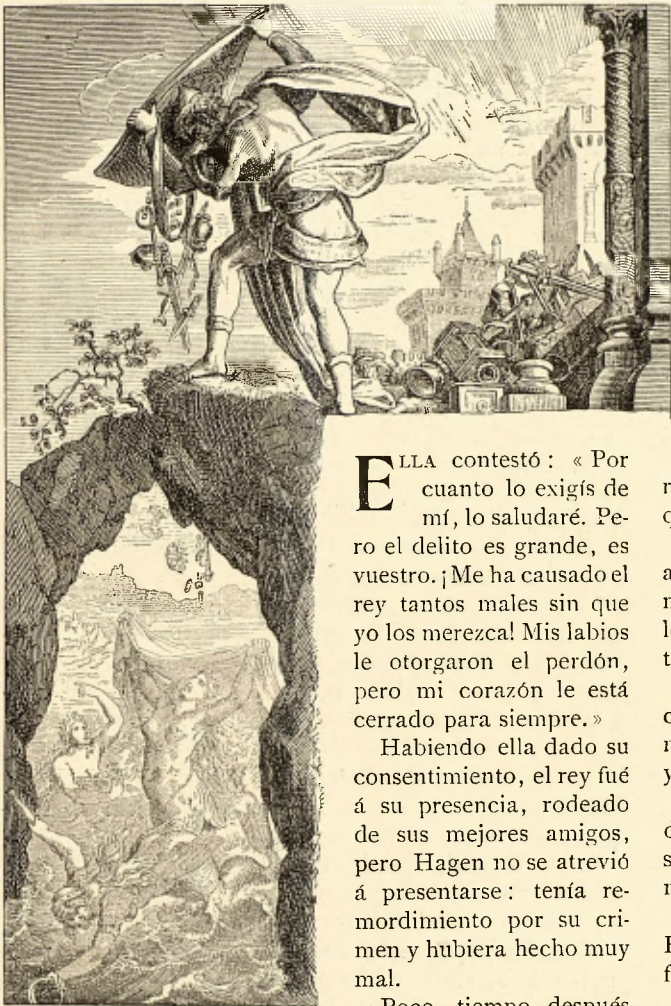


VISTAS DEL CEMENTERIO DEL SO. DE BARCELONA



LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)



ELLA contestó: « Por cuanto lo exigís de mí, lo saludaré. Pero el delito es grande, es vuestro. ¡Me ha causado el rey tantos males sin que yo los merezca! Mis labios le otorgaron el perdón, pero mi corazón le está cerrado para siempre. »

Habiendo ella dado su consentimiento, el rey fué á su presencia, rodeado de sus mejores amigos, pero Hagen no se atrevió á presentarse: tenía remordimiento por su crimen y hubiera hecho muy mal.

Poco tiempo después hicieron de modo que la

joven reina mandara llevar á las orillas del Rhin el gran tesoro del país de los Nibelungos: era lo que constituía sus arras y tenía derecho para hacerlo.

Con objeto de traerlo, partieron Geiselher y también Gernot. La señora Crimilda mandó que fueran ocho mil hombres para sacarlo de donde estaba guardado bajo la custodia de Alberico y de sus amigos más valientes.

Cuando estos vieron llegar á los que venían del Rhin, para llevarse el tesoro, el fuerte Alberico, dijo á sus amigos: « Si la noble reina lo reclama, no podemos conservar por más tiempo el tesoro, por que son sus arras. »

Delante de la montaña permanecían los enviados de Crimilda y muchos de sus amigos: recogieron el tesoro y lo llevaron hacia el mar, colocándolo en fuertes barcas, y lo condujeron por las ondas desde la montaña hacia el Rhin.

Podráis oír contar maravillas de aquel tesoro: doce carromatos grandes y fuertes, casi no podían transportarlo en cuatro días y cuatro noches desde la montaña á las barcas, y cada carromato hacía tres viajes diarios.

Sólo consistía en piedras preciosas y oro. Aun cuando se hubiera comprado el mundo, pagándolo con oro, no hubiera disminuído un marco.

En el tesoro se encontraba una maravilla de oro; la de los deseos: el que la tuviera, podía ser dueño de todos

los hombres de la tierra. Muchos de los amigos de Alberico, partieron con Gernot.

Cuando el héroe Gernot y el joven Geiselher se hubieron apoderado del tesoro, fueron señores también de los campos, de las ciudades y de muchos guerreros. Todo les quedó sometido de grado ó por fuerza.

Cuando llevaron el tesoro al país del rey Gunter y la reina quedó en posesión de él, sus cámaras y las torres se llenaron. Hasta entonces nunca se había oído hablar de tan gran cantidad de riquezas.

Pero aun cuando el tesoro hubiera sido mil veces más grande, si Sigfrido hubiera podido resucitar sano y salvo, Crimilda hubiera permanecido gustosa á su lado, con las manos vacías. Nunca un héroe tendrá esposa tan fiel.

Cuando tuvo el tesoro, llamó al país á muchos guerreros extranjeros. Tanto daba la mano de aquella mujer, que nunca se vió bondad tan grande.

Dió tanto á los pobres y á los ricos, que Hagen dijo al rey: « Un hombre prevenido no dejaría ese tesoro en manos de una mujer. Ella conseguirá tanto con sus regalos, que llegará un día en que los fuertes Borgoñones tendrán que arrepentirse de habérselos dejado hacer. »

El rey Gunter replicó: « Yo le he jurado que jamás le causaré pena alguna, y quiero cumplírselo: ella es mi hermana. » Hagen le respondió al momento: « Déjame que yo sea el culpable. »

Los juramentos que habían hecho no fueron respetados: quitaron á la viuda sus cuantiosas riquezas. Hagen se había apoderado de todas las llaves. Cuando su hermano Gernot supo esto, se enfureció.

Así dijo el joven Geiselher: « Muchas penas ha inferido Hagen á mi hermana: me opondré á que continúe: sino fuera mi próximo pariente, las pagaría con la vida. »

El rey Gernot dijo: « Más vale que, en vez de atormentarnos por causa de ese oro, lo arrojemos al Rhin, para que no sea de nadie. » Ella llorando se presentó á Geiselher.

Le dijo: « Querido hermano: menester es que pienses en mí; sé el protector de mi vida y de mis bienes. » Le contestó á su hermana: « Así lo haré cuando volvamos: tenemos que hacer un viaje. »

Gunter y sus parientes salieron de su país, al menos los que eran más bravos. Sólo permaneció Hagen por el odio que profesaba á Crimilda; se quedó por hacerle daño.

Antes que el rico rey volviera, Hagen se había apoderado del tesoro: todo entero lo llevó al Rhin, cerca de Lorsche. Esperaba disfrutar de él, pero no fué así.

Después Hagen de Troneja no pudo sacar nada del tesoro, como sucede á los que faltan á los juramentos. El tesoro quedó perdido para él, lo mismo que para los demás.

Después que la señora Crimilda había concedido su perdón al rey Gunter, y después de haber perdido el tesoro por gran traición, sus dolores fueron más crueles: la noble y altiva mujer quería partir de allí.

La señora Uta se hizo preparar una suntuosa y amplia vivienda en el monasterio de Lorsche, á donde se retiró, separándose de sus hijos. Allí reposaba la elevada reina en una tumba.

Así dijo la reina viuda: «Querida hija mía: por cuanto no quieres permanecer aquí, vente conmigo á mi casa de Lorsche, donde te dejaré llorar.» Crimilda le replicó: «¿Voy á dejar aquí á mi esposo?»

«Déjalo reposar aquí,» le contestó la señora Uta. «El Dios del cielo no lo quiera,» replicó la buena esposa; «querida madre, nunca abandonaré á mi esposo; es menester que lo lleve conmigo.»

La viuda dolorida lo hizo sacar de su tumba, y poco después sus nobles restos fueron enterrados en Lorsche con grandes honores, cerca del convento. El héroe reposó allí en gran ataud.

XX

DE COMO EL REY ETZEL BUSCÓ Á CRIMILDA

Por aquel tiempo murió la señora Helke, y el rey Etzel buscaba otra esposa. Sus amigos caminaron hacia el país de Borgoña, donde había una altanera viuda que se llamaba la señora Crimilda.

Cuando murió la hermosa Helke, la reina, le dijeron: «Si queréis conseguir una noble esposa, de elevado nacimiento, hay una princesa cuyo nombre es Crimilda: el fuerte Sigfrido fué su esposo.»

El poderoso rey contestó: «¿Cómo podrá ser eso? Yo soy un pagano, un hombre poco estimado; la que me citáis es cristiana y no querrá casarse conmigo. Sería un milagro que esa alianza pudiera celebrarse alguna vez.»

Los fogosos guerreros respondieron: «Tal vez consienta ella á causa de vuestra elevada posición y de vuestros cuantiosos bienes. Es menester conseguir el éxito cerca de esta noble viuda: mucho podréis amarla, por su extraordinaria belleza.»

El noble rey contestó: «Quién de los que hay aquí conoce la gente y el país del Rhin?» Así dijo el buen Rudigero de Bechlaren: «Desde mi niñez conozco á los muy altos y poderosos reyes.

»Gunter y Gernot, esos buenos y nobles caballeros; el tercero se llama Geiselher; cada uno de ellos es á cual más virtuoso y honrado, y todos sus antepasados han sido lo mismo.»

El rico rey dijo: «¿Cuándo os dirigireis hacia esa mujer digna de ser amada? Quiera Dios conservaros en completo honor durante el viaje, así como también á mi esposa; y ojalá me sea concedido ese favor por su bondad.»

El margrave replicó: «Quiero hacerte saber que partiremos de aquí dentro de veinte y cuatro días: Haré saber á Gotelinda, mi esposa amada, que soy el mensajero cerca de Crimilda.»

Rudigero envió un emisario á su esposa, que estaba en Bechlaren, para decirla que iba á pedir una reina para el rey: ella se acordó tiernamente de la buena Helke.

En Bechlaren lo esperaba su esposa Gotelinda con la joven margravita, hija de Rudigero, la una para ver á su padre y la otra para ver á su esposo.

Gotelinda la rica, experimentó grande alegría al ver llegar al jefe.

Lo mismo sucedió á su amada hija, la joven margrave; nunca la llegada de su padre podía ser más agradable. ¡Con cuánta alegría veía llegar á los héroes del Huneland!

»Por la noche, cuando se acostó al lado de Rudigero, la margrave, con afectuoso acento, le preguntó á dónde le había enviado el príncipe de los Hunos. «Mi esposa Gotelinda», le dijo, «os lo haré conocer.

»Voy á pedir para mi señor otra esposa, porque ha muerto la hermosa Helke. Viajo hacia el Rhin, donde está Crimilda, que será aquí la elevada reina de los Hunos.»

«Quiera Dios, dijo Gotelinda, que sea así; por cuanto grandes cosas oímos contar de ella, tal vez en remotos días nos consuele de la pérdida de Helke; bien podemos dejarle ceñir la corona de los Hunos.»

Le contestó el margrave Rudigero: «Querida esposa mía, á los que viajan conmigo hacia el Rhin, es menester ofrecerles amistosamente de nuestros bienes; cuando los héroes están ricos, sienten su espíritu elevado.»

A la séptima mañana salieron de Bechlaren el jefe con sus guerreros. Ellos llevaban en abundancia trajes y armas á través del Baierland.

Después de doce días llegaron al Rhin. El conocimiento de esa noticia no podía ser secreto: al rey y á los suyos hicieron saber que habían llegado extranjeros. El príncipe preguntó:

«¿Hay aquí alguien que los conozca? debe decírmelo.»

Cuando los extranjeros entraron en la población, miraron atentamente á los jefes. Ellos se preguntaban de dónde habían venido al Rhin. El príncipe preguntó á Hagen de dónde habían llegado aquellos guerreros.

Hagen el atrevido dijo: «Si no estoy engañado, pues hace mucho tiempo que no he visto á estos señores, por su aspecto, me parece Rudigero el de Huneland, ese guerrero fuerte y distinguido.»

«¿Cómo es que el de Bechlaren ha venido á este país?» exclamó el rey. Acababa de pronunciar estas palabras el rey Gunter, cuando el fuerte Hagen vió al buen Rudigero.

Hagen de Troneja exclamó en alta voz: «Sed bienvenidos, guerreros, príncipe de Bechlaren y todo su acompañamiento.

Ellos dieron las gracias al guerrero por su saludo. Después fueron con su acompañamiento al salón donde estaba el rey con muchos hombres valientes.

Geiselher y Gere habían llegado también con Dauwart y Volker, que supieron pronto la llegada de los extranjeros. Estaban muy contentos; ellos saludaron delante del rey á los caballeros nobles y buenos.

Hagen de Troneja dijo á Gunter, su señor: «Vuestros fieles deben hacer conocer por sus servicios, la deferencia que nos hace el margrave: es menester que reciba recompensa el esposo de la bella Gotelinda.»

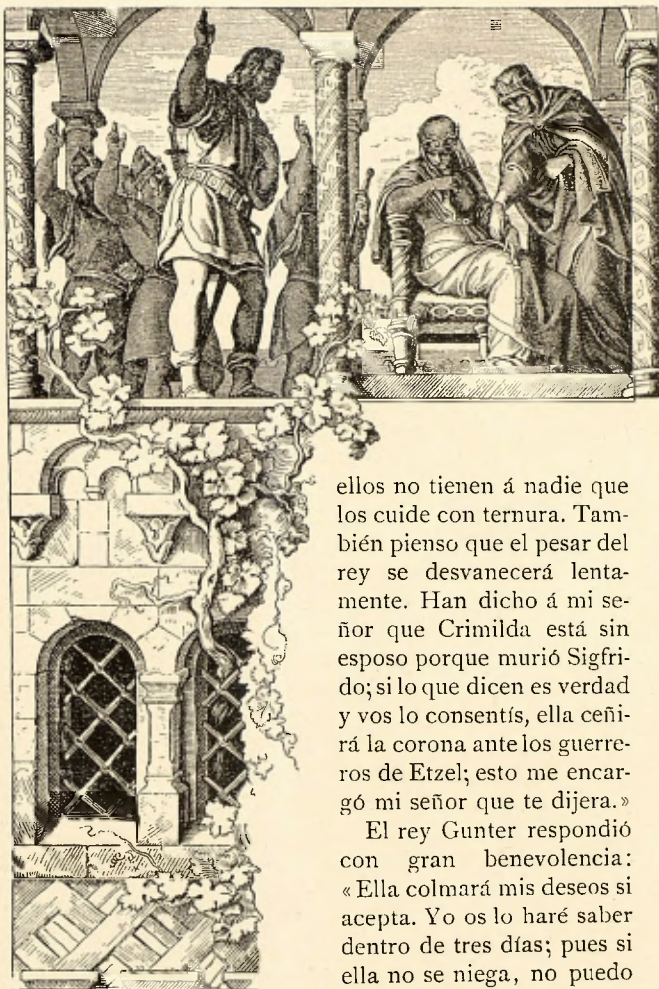
El rey Gunter respondió: «No quiero retardarlo; dime cómo se encuentran Etzel y su esposa Helke en el Huneland.» El margrave respondió enseguida: «Os lo haré saber con gusto.»

Se levantó de su asiento é hicieron lo mismo los que le acompañaban. Dijo al rey: «Por cuanto me permites darte las noticias, no quiero tardar; el rey Etzel me envía al país de Borgoña.»

Gunter contestó: «Cualquiera que sea la noticia que me traigáis, hacédmela saber sin pedir permiso á mis amigos. Dímelos á mí y á mis guerreros: aquí puedes pretender todos los honores.»

El elevado mensajero dijo: «Mi gran rey ofrece sus servicios al del Rhin, así como también á todos los amigos que le acompañan; este mensaje lo cumplo con grandísima satisfacción.

»El noble rey hace saber su desgracia: su pueblo no tiene alegría, su señora ha muerto, Helke la rica, la esposa de mi señor: con esto han quedado en gran orfandad muchos jóvenes, nobles hijos de príncipe que ella educaba; por esto el país se encuentra en grande aflicción;



ellos no tienen á nadie que los cuide con ternura. También pienso que el pesar del rey se desvanecerá lentamente. Han dicho á mi señor que Crimilda está sin esposo porque murió Sigfrido; si lo que dicen es verdad y vos lo consentís, ella ceñirá la corona ante los guerreros de Etzel; esto me encargó mi señor que te dijera.»

El rey Gunter respondió con gran benevolencia: «Ella colmará mis deseos si acepta. Yo os lo haré saber dentro de tres días; pues si ella no se niega, no puedo rehusarlo por mí á Etzel.»

El príncipe convocó su consejo é hizo muy bien; preguntó á sus amigos si les parecía bien que Crimilda tomara por esposo al señor Etzel.

Todos se lo aconsejaron menos Hagen. Aquel fuerte guerrero dijo al rey Gunter: «Si tenéis sano el juicio, no hagáis tal cosa; aunque ella quiera no consentáis jamás.»

«¿Por qué no he de consentir?» preguntó Gunter.

Pero Hagen replicó: «Desechad ese propósito. Si se hace esposa de Etzel y sigue viviendo en su país, nos hará experimentar grandes pesares. Allí tendrá á su servicio muchos hombres valientes.»

Entonces dijo con cólera Geiselher, el arrogante hijo de Uta. «Nosotros no obraremos todos traidoramente. Debemos estar contentos del honor que nos hacen. Por más que digáis, Hagen, siempre la serviré fielmente.»

El margrave Gere dijo entonces: «Le preguntaré si quiere complacer á Etzel. Le haré saber que muchos guerreros le están sometidos con respeto, y que él puede resarcirla de todas las penas que ha sufrido.»

El distinguido héroe fué donde estaba Crimilda y le dijo:

«Por vuestro amor, señora, un rey poderoso entre todos los que con honor han ceñido corona, envía nobles guerreros para pedirlos en matrimonio: esto es lo que vuestros hermanos os hacen saber.»

Así contestó la rica en pesares: «Líbreos Dios á vos y á todos mis amigos de gastar esas burlas con una pobre viuda: ¿qué puedo yo ser para un hombre que merece el elevado amor de una buena mujer?»

Por más que hicieron no pudieron lograr que la reina concediera su amor á otro hombre en la tierra. y le dijeron los héroes: «Ya que no hagáis más, recibid al menos con calma á los mensajeros.»

«No me negaré á ello» respondió la elevada señora. «Recibiré con agrado al buen Rudigero por sus elevadas virtudes, pero no recibiré á ningún mensajero más, cualquiera que venga.»

Añadió: «Decid al héroe que mañana por la mañana venga á mi cámara. Quiero que me escuche, y yo misma le daré á conocer mi decisión.» Después rompió á llorar con gran aflicción.

Lo que más deseaba el noble Rudigero era ver á la distinguida reina. Se tenía por hábil; si la cosa era posible, el guerrero contaba decidirla en su favor.

A la mañana siguiente, muy temprano, en tanto que cantaban la misa, llegó el noble mensajero; la multitud se apiñaba. Allí con Rudigero para acompañarlo á la corte, se veían muchos guerreros magníficamente vestidos.

La pobre Crimilda, con el espíritu triste, esperaba á Rudigero el noble emisario. La halló con el vestido que se ponía todos los días, pero su acompañamiento tenía magníficos trajes.

Salió á su encuentro hasta la puerta y recibió con cariño á los guerreros de Etzel.

Así dijo el margrave Rudigero de Bechlaren: «Inspirado por el más profundo amor, señora, Etzel, el elevado rey, nos envía á este país: ha enviado para que soliciten vuestro amor á muchos buenos guerreros.

»Os ofrece un tierno amor sin mezcla de pena; promete ser siempre amante como lo fué con Helke que tanto le llenaba el corazón: el llevar solo la corona lo ha entristecido mucho.»

Así le respondió la reina: «Margrave Rudigero, cualquiera que conociese mi cruel aflicción, no me incitaría ciertamente á amar á otro hombre; yo he perdido un esposo como jamás lo tuvo mujer alguna.»

Los Hunos replicaron enseguida: «Muy rica señora, la vida que llevéis al lado de Etzel será tan cómoda, que si nuestros deseos se realizan, vuestra dicha será completa; muchos fuertes guerreros tiene el rey á su disposición.

»Las jóvenes de Helke y vuestras vírgenes, formarán sólo un acompañamiento que alegrará el alma de muchos guerreros. Seguid nuestro consejo, señora, y será un bien para vos.»

Ella respondió con noble acento: «Dejad ahora esos razonamientos hasta mañana temprano; venid entonces á mí y os responderé á la cuestión que os ocupa.» Los fuertes héroes tuvieron que hacer lo que decía.

Cuando volvieron á sus alojamientos, la noble señora hizo llamar á Geiselher y á su madre; á los dos dijo que ella debía llorar y nada más.

Así le respondió su hermano Geiselher: «Hermana mía, me han hecho saber que el rey Etzel podría consolarte de tus dolores y de tus penas, si lo tomas por esposo: cualquiera cosa que puedan aconsejarte, me parece que debías acceder á ella.»

La señora Uta dijo á su querida hija: «Haz, querida niña, lo que tu hermano te aconseja. Sigue á sus amigos y serás feliz. Hace mucho tiempo que te veo sumida en profundo dolor.»

Ella había rogado mucho al cielo que aún fuera feliz: que pudiera distribuir oro, plata y vestidos como cuando vivía su esposo el altivo héroe; ella no vivió más felices días.

Así pensaba Crimilda: «¿Debo yo entregar mi cuerpo á un pagano? yo soy una mujer cristiana y tendría que arrastrar siempre la vergüenza por todo el mundo; aunque me diera todas las riquezas, no debo seguirle.»

(CONTINUARA)



CEMENTERIO DE SAN JUAN DE PUERTO RICO